



## ¡Cuán solitario!

He penetrado por la ancha nave  
de la monumental Basílica.

Heme llegado a la Capilla del Sa-  
cramento.

Heme arrodillado ante las gradas  
del altar.

He pensado: ¡pero cuán solitario  
está el Cristo de nuestros Taber-  
náculos!

Se ha quedado allí para el hombre,  
pero el hombre no va a El.

Va a sus negocios.

A las frivolidades del lujo.

A las vanidades de la vida.

# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 3 Septiembre 1926

Núm. 657

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1574

Supersal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 3.  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).

A las fuentes contaminadas del  
placer.

No va a Dios.

¿Porque no cree en El?

• Porque no halla gusto en El.

Dios es la misma suavidad, y le re-  
sulta áspero.

Dios es la dulzura inenarrable, y  
le resulta insípido.

Dios es la fuente de toda dicha, y  
le resulta amargo.

Tiene el gusto estragado.

Aún más, ha perdido el gusto de  
las cosas delicadas.

Está enfermo.

No sólo enfermo, febril.

No sólo febril, delirante.

La fiebre le ha volcanizado el ce-  
rebro.

Ve un dios en el oro.

Ve un dios en la exaltación de su  
soberbia.

Ve un dios en el placer.

A esos dioses se abraza, y en sus  
altares quema el incienso de sus afa-  
nes.

Por ellos trabaja.

En holocausto muchas veces sacri-  
ficales su propia vida.

¡Quién lo dijera! el hombre no va  
a Dios.

Aún más, huye de El.

Parece que tiene miedo a su Ley,  
y El lo ha dicho: mi yugo es suave  
y mi carga ligera.

Que tiene miedo a su brazo, y  
El lo ha dicho: venid a Mi todos los  
que estáis trabajados y cargados, Yo  
os aliviaré.

Que tiene miedo a ser aniquilado  
bajo el peso de su Majestad, y El lo  
ha dicho: si no comiereis la carne  
del Hijo del hombre, no tendréis vi-  
da en vosotros.

Es que no conoce a Dios.

Y no le conoce porque no le trata.

¡Si le tratara más!

¡Si le tratara más intimamente!

Quien le trató, por poco que haya  
sido, le llegó a conocer.

Y conocido, se dió a gustar de El.

Y cuando le gustó, de El se ena-  
moró.

Un santo es eso, un alma enamo-  
rada de Dios.

Pero un santo llegó a eso, porque  
antes le había gustado.

Y gustó de El, porque le trató en  
la intimidad.

A los pies de la Cruz.

Ante las gradas del altar.

En lo más profundo de su cora-  
zón.

Y todas las cosas que no eran Dios  
le resultaron insípidas.

Aún más, desabridas.

¿Cómo aplicar a ellas sus labios?

¿Cómo albergarlas en su corazón?

Después de haber gustado a Dios,  
todas las otras cosas le son despre-  
ciables.

He aquí el apostolado más fecun-  
do, llevar las almas al Dios de nues-  
tros Tabernáculos.

Para que le conozcan.

Para que le gusten.

Para que vivan de El.

Si son dóciles, El las transfor-  
mará.

M. DE SANTA CATALINA.

Ayuntamiento de Madrid



## MIRANDO A CRISTO

—Oyeme unos instantes, ten paciencia, Escúchame un momento, Julio Ascanio. ¿No sabes lo que dice de ti Antonio? ¿Qué le has hecho a ese mozo tan villano Que te tiene por menos que un judío, Por menos que un bereje, un renegado? Pues ha dicho que tú eras un infame, Que eras aún peor que malo, Indecente, orgulloso, mujeriego, Que, si tienes, al juego lo has ganado Con mil trampas a mozos infelices Que a sus padres robaron. El, con audacia suma, Que eres un asesino ha propalado, Que mataste a fulano, no sé dónde ni quise averiguarlo, Me lo decía a mí, que te conozco, ¡Lo que eres tú, Dios santo! Cómo tuve paciencia?; no sé, amigo, La lengua le debí arrancar de cuajo. Sentí una nube roja que a los ojos Subió del corazón alborotando, Pero miré a Jesús, manso y humilde, Que estaba allí, a mi lado, En un famoso lienzo que yo estimo Pendiente allí de un clavo. Pasó la nube roja, alborotando Pasó la nube roja alborotando Y... sucedió esta calma que aún conservo, Pues me vino de lo alto. Y dije a aquel amigo: Muchas gracias, Ya ves que estoy tranquilo y sosegado. ¡Qué no dijeron de Jesús, Dios mío, Y eso que Él era el Santo de los Santos!

Ya me parezco a Cristo. ¡Qué alegría Nace en mi pecho, al verme comparado Al Jesús del Pretorio, Al Jesús del Calvario! Marcha, si, amigo mío, marcha y dile Que por mí ya está todo perdonado, Que lo que a mí me debe Se lo vaya pagando Al Señor, y que ya iremos a cuentas Que con Él tengo cuentas para largo. Y dale muchas gracias, pues me ayuda De ese modo a pagarme más despacio, Y que no tenga orgullo, al calumniarme, No crea que al pisarme, pisa algo; No pisa más que tierra, sólo tierra, Menos que tierra, sólo pisa barro. Pero comprendo que la vida es dura, Es amarga la vida de este barro Y, si es que él siente alivio en sus pesares Hablando mal de mí, dé sin reparo Gusto a su lengua, yo te doy palabra De no hacer ningún caso.

... Eso sí, cuando mire bien a Cristo Tenga mucho cuidado ¡La mirada de Cristo, Dios del cielo, La mirada de Cristo, cielo santo! La mirada de Cristo que es perdón, Que es dulzura, que es canto. Cuando mira de frente a los sayones Esa mirada... se convierte en rayo.

JULIO ASCANIO.



—¿Te acuerdas, hijo mío, de la tolerancia de que hablamos el otro día?

—Sí, señor, que m'alcuerdo; de moo y manera que el señorito ese que me metió en la cabeza aquellos bulos ya no paice tan señorito como antes. Porque, antes, como llevaba tan güena ropa, con corbata, y guantes, y botas con mucho lustre, me paicia que to lo qu'icia era tamién güeno y nuevo como la ropa; pero ahura, con lo qu'hi aprendido, como si fué too piazao y como si vistiera de viejo por no tener otra cosa. Y digo yo: Lo que semos las presonas, que paicemos una cosa y semos otra. Ayer pasé por su lao y le dije: El que no conozga la fruta que coja ese pero. Y me contestó: ¿Qué pero es ese? Y yo le dije: Tú, hombre, tú; que paices una pera de Donguindo y, por drento, estás gusanada.

Conque ¿que sea tolerante con una pulmonía, que pué que coja no se adonde?; ya te diré yo, ya. Luego, que te deje cien duros, na menos, y luego resulta que los niegas, y que no te los hi dejao, y que no me debes na. Ya te pillaré ande estemos solos y t'haré gomitar los cien duros, que tarde te verás con ellos que, sa-

biendo lo tolerante que eres, no me fiaré; ya pues arreglate como puedas, que yo no estoy porque nadie s'aproveche de mi sudor. Luego, le canté esta canta que m'hi discuriído:

“Señorito, señorito,  
señorito de mis penas,  
que vas como un millonario  
y no tienes cuatro perras”.

—Lo cierto es que tú estabas entusiasmado con la tolerancia del señorito.

—Porque era yo un ignorante como él; pero ahura, que ya m'hi ilustró, se las tendría tiesas y pronto le cantarí las cuarenta.

—Es la verdad, hijo mío; esas gentes predicán la tolerancia acerca de cosas que nada les importa. Pero, no señor; es que las cosas son intolerantes por sí mismas. Porque los seres, o las cosas son una cosa u otra, pero sólo son una cosa y, por su propia naturaleza, no toleran ser otra cosa de lo que son. Son como las matemáticas: dos y dos, cuatro, y nadie tolerará el que dos y dos sean cinco, o tres y media, pues las esencias de las cosas son inmutables. Ahora, si alguno es tonto, o tiene interés en que las cosas no sean como

son, a ese no le importa nada de las cosas y tolera todo, porque la ignorancia a todo se atreve. Lo mismo digo de lo que dicen respecto de la religión: “Hay que ser tolerantes”. Bueno, si por ser tolerantes se da a entender que no los matemos, que les sigamos amando como a hermanos y asistiendo como a prójimos nuestros, ya lo hacemos, y la Iglesia nos ruega que pidamos por ellos, para que se conviertan y vivan. Pero, si ser tolerantes significa promiscuar con ellos en toda clase de ideas y abjurar de nuestra santa religión, jamás; esos no nos quiren tolerantes: nos quieren apóstatas y traidores; eso se queda para ellos que, por lo visto, tienen anchas tragaderas. Y es eso, hijo mío, que, por lo menos, respecto de la religión, son unos grandísimos ignorantes, y lo son porque no han querido tomarse la molestia de estudiarla a fondo. Y como no la conocen, la desprecian estúpidamente, y para que no se note su audacia, quisieran que todos hiciéramos lo mismo. Y no; aún hay clases que sienten la responsabilidad de sus actos y primero sacrificarán su vida que su religión. Y es que, hijo mío, al menos para mí, la religión es todo: es mi Dios, es mi padre, es mi madre, es todo. Es el puente que Dios ha tendido entre este mundo y el otro. ¿Cómo quieren que mire con indiferencia ese puente, si en él está mi salvación? Dios ha dado al mundo sus leyes divinas; es muy cómodo a esos señoritos romper personalmente con esas leyes para no tener obligaciones y vivir a sus anchas como los gatos y los buitres. Pero no; en primer lugar, un hombre no es un gato, al menos a mí me parece que no es un gato. Y las leyes divinas siguen obrando sobre el hombre como sobre los gatos. El hombre necio se ha hecho la ilusión de que ha deshecho esas leyes, y el pobre no ha conseguido más que deshacerse él. Las leyes divinas son armas de dos filos: destruimos uno de los filos, pero el otro nos hiere y nos mata. Además, las leyes divinas suelen tener una ironía desconcertante. Sigue a ese señorito; no me extrañaría que ese muñeco que empieza su vida no creyendo en Dios, ni en la religión, que es la madre que Dios ha dado a los hombres, acabe sus días creyendo en las brujas, o en los duendes, o en los demonios. Se dan aires de superhombres y no llegan a ser más que unos pobres desdichados. Dicen esos hombres que la religión es cuestión de gustos, y al que no le gusta ¿por qué se le ha de obligar a tenerla? Porque sí, porque es útil, porque es conveniente, porque es un deber. El que tiene fiebre tiene también sucio el paladar y no encuentra gusto en nada. Pero debe tomar algo, si no se morirá. Así, esos hombres están devorados por la fiebre de la soberbia. el paladar espiritual del alma lo tienen sucio y no encuentran gusto en nada; ni en misas, ni en rosarios, ni en novenas. Pero no por eso les dejéis sin religión que es el pan del alma; dadles el alimento de otro modo, pero dadseles d'luido en pequeñas devociones, hasta que el paladar se limpie y se le despierte el apetito y tomen ya alimentos sólidos. Los alimentos son la vida del hombre, a pesar de que nada más desagradable a los enfermos que esos alimentos;



pero es por eso, porque están enfermos. Lo primero que hay que hacer es limpiarse de toda enfermedad; sin eso, nada. También tienen otro pretexto este género de personas, o lo que es lo mismo, esta clase de señoritos. Aunque, afortunadamente, no todos los señoritos son así, pues conozco muchos señoritos que ya en su edad moza tienen sentido común que, en esta clase de negocios, es lo único que se necesita. Suelen decir, como te dijo ese señorito de marras: "No quiero nada con los curas". Estos tales suelen acabar afirmando que todos los curas son malos. Lo menos malo que dicen de los curas es que son unos hipócritas. Es claro, ellos no se consideran aptos para remontarse a las sublimes regiones de la fe y juzgan que nadie puede lo que no pueden ellos. Y al oír predicar a los curas una doctrina de cuya práctica se sienten muy lejos, se despachan con que tampoco los curas lo creen y que, por lo tanto, son todos unos hipócritas. Y es que ellos creen que la religión no consiste, ni tiene por base la fe en Dios, sino la fe en los curas. Y yo declaro que si el cristianismo no tuviera más fundamento que la fe en los curas, es decir, en los hombres, yo no sería cristiano. Tengo muy presente lo que me ha advertido el mismo Espíritu Santo: "Desgraciado el hombre que confía en otro hombre". Y "todo hombre mentiroso". No, yo no creo en los curas, yo creo simplemente en Dios. Dicen que todos los curas son malos. Mentira, es una calumnia que subleva y no la creen los mismos que la propalan. Yo he conocido santos varones, abnegados apóstoles de la verdad que me edifican con sus actos.

Soy también un enamorado de la verdad y no me duelen prendas. Hay sacerdotes de barro, sacerdotes de hoja de lata, sacerdotes malos y nadie lo lamenta más que yo. Pero lo que a mí me estrañaría no es el que haya sacerdotes malos, sino el que no los hubiera; ni el mismo apostolado de Jesús pudo librarse de esta plaga, la plaga siniestra de los Judas.

Pero a mí los malos sacerdotes me hablan muy elocuentemente de la religión santa que predicán. La religión de Cristo da su paseo triunfal a través del mundo, venciendo en las luchas formidables que se suscitan a su paso. Y digo que no es un gran milagro ganar batallas con soldados de carne y hueso como Napoleón; pero es milagro y grande ganar esas batallas con soldados de cartón. Además, a mí, si tengo verdadera fe, personalmente ¿qué me importa que haya curas malos; más aún, que mi propio cura sea malo? Absolutamente nada.

Si voy a comprar géneros a una droguería, ¿qué me importa que el droguero sea de la piel del diablo? Eso es cosa suya; él responderá. ¿Son buenos los garbanzos que vende, azúcar, chocolate y demás?; eso es cuenta mía; le compro y me basta. Yo no compro drogueros; si comprara drogueros, me fijaría en la calidad de los drogueros; pero como sólo compro garbanzos, me basta con que éstos sean buenos. Así, pues, yo no compro curas; si comprara curas, me fijaría a ver si eran buenos o se villanos. Compró sólo lo que tienen de Dios y me basta, y tan satisfecho;

porque sé que la absolución dada por un cura sevillano es tan legítima como la que me diera San Alfonso María de Liguorio.

Pero ¿por qué no obrar en eso como en los demás asuntos de la vida? ¿Es que todos los alcaldes, todos los gobernadores, todos los magistrados son santos y buenos? No, señor; los hay de la piel del diablo. Pero la licencia de caza, de pesca, etc., que me dan los buenos gobernadores son exactamente igual de buenas que las que me dan los malos; pues allá ellos que responderán ante Dios y ante los hombres.

Hay quien tiene cuatro palabras con un cura y, por eso, ya no va más a misa, ni a confesarse, ni a nada. Bárbaro; me hace el efecto que me haría aquel desdichado que, por haberle salido un duro falso, se negase a tomar toda clase de moneda. ¿Qué religión es esa?

Eso no es fe, ni religión, ni nada; eso que tiene esa gente no es más que un espantajo para dar a entender que se tiene algo, por si acaso. No era eso un hombre religioso, era un hombre tonto, y no ha sabido hacer más que tontadas.

La religión es Jesucristo, y Jesucristo está sobre los curas más o menos averiados y, aunque todos los curas me volvieran la espalda y la mayor parte fueran Judas, yo seguiría lo mismo, amando a Jesucristo y echándome en sus brazos, por medio de sus ministros que, gracias a Dios y en una mayoría superior a cualquier otra clase social, son lo que deben ser, en un nivel moral elevadísimo, como lo prueba la dura disciplina a que voluntariamente están sometidos.

—Ala, ala, no se canse más, ya está bien, no se incomode más.

—Pero ¿no comprendes que tengo razón?

—Sí, señor, y tengo ganas de encontrarme con el señorito ese y cantarle las cuarenta.

—Pero ¿sabías decir algo?

—Ya lo creo. Le diría eso que ha dicho usted de los garbanzos y de la droguería y se le cruzarían en la garganta que no los podría tragar. ¿Yo que me lo encuentre!

—Pues otro día aún he de zanzanear otro poco a esos necios, que parece que son algo y no son nada.

—Pero hacen mucho mal; a mí *mesmamente* ya me tenía *enganchao* como una anguila y ya había hecho la resolución de no ir a misa, ni a rezar el rosario, ni *confesame*, ni nada, *quitao* la crisma.

—Pero dejemos esto para otro día.

—Por mí ya está *dejao*.

EL MAGO.

## ¿Dónde está el verdadero amor?

(A MI MADRE)

Loco, una vez, abandoné tu lado, y al mundo me lancé tras la divina ilusión del amor, que en mis ardientes amantes sueños realizar quería.

Busqué el amor por todos los caminos; lo mendigué con alma dolorida de puerta en puerta; y sólo obtuve, sólo, frío en el corazón, odios y risas.

Seguí, seguí buscando... y nunca, nunca logré encontrarlo, hasta que, al fin, un día volví al hogar... Saliste a recibirme, y, ¡oh sorpresa feliz, madre querida!... vi en tus ojos brillar, eterno y puro, el santo amor con que soñado había.

E. H.



## ECOS DEL SAGRARIO

¿Sabes quién saca más de Dios? el que más se atreve con El.

¿Manera de atreverse? creer y esperar en El.

El lo ha dicho: no defraudé jamás las esperanzas de los que en Mí confiaron.

Un santo es invencible por esto, porque se apoya siempre en Dios.

Desde la mañana hasta la noche permanece en El, sin soltarle un momento.

¿Quién podría derribarle?

¡Estás fría! ¿y qué importa?

También la nieve y el hielo bendicen al Señor.

Bendícele tú también por el frío mismo que te hace sentir.

No se hará esperar la *ola de calor* que abrasará tu corazón.

Anda, ten ánimo.

Si no has *llegado aún*, llegarás.

Abandónate a Dios y déjale hacer.

El te llevará en sus brazos.

¿De cuántas turbaciones nos veríamos libres si, llegado el caso, viéramos pero *no miráramos*, oyéramos pero *no escucháramos*!

Al alma que vive de Dios todo le acerca a Dios.

Hasta sus miserias las hace escalón para acercarse a El.

Cuanto más miserable se siente, más se abandona a El, único que puede curarla y sostenerla.

Callar a tiempo, ¿cuánto mérito encierra y cuánta paz proporciona!

Y esto sabe además, que en el callar está casi siempre nuestra fortaleza.

Todo por Dios y todo para su gloria.

Quien de Dios se alimenta todos los días no puede obrar de otra suerte.

¿Quién lo hará si él no lo hace?

M. DE SANTA CATALINA.



# HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

Como queda que el año próximo 1927, se cumplirán 250 años del milagro de la Virgen de la Paz, y muchos ignorarán sus pormenores, quiero dejar en la presente Hoja relación del mismo, dejando para la siguiente las fiestas del primer Centenario.

El día 25 de Enero de 1677, tuvo lugar el milagro de la multiplicación del vino, como más abajo lo declara el mismo interesado; y el señor Cura propio D. Domingo de Mier, comunicó por carta la relación del mismo al Eminentísimo Sr. D. Pascual Aragón, Cardenal Arzobispo de Toledo, el cual ordenó al señor Vicario de la Villa de Madrid, se hiciesen las diligencias propias del caso. En su consecuencia, el señor Vicario comisionó al señor Cura para hacer información testifical de la verdad del milagro, puesto que había recibido también Su Eminencia la petición del Consejo de Alcobendas, reunido en su Casa Consistorial, y lo formaron Juan Méndez Coronel y Gregorio Lozano, Alcaldes ordinarios en esta villa; Lorenzo de Moscoso y Pedro de Palencia, Regidores; Andrés de Peñalosa, Procurador general; Pedro Barragán de Mesa, Gaspar de Budía, Gabriel Méndez de Tápiá, Bernardo Sánchez, Manuel Valdemoro, Juan Méndez Aguado, Jerónimo Carranza, Felipe Méndez y José de Moscoso, y fué nombrado Notario D. Diego Aguado, Notario Apostólico por autoridad apostólica y ordinaria para recibir las declaraciones y hacer fe de ellas, como ha lugar en derecho. Constituidos, pues, el señor Cura, como Juez comisionado por el señor Vicario y el Notario D. Diego Aguado, vecino de esta villa, se procedió a la deposición de las partes y de los testigos, empezando por el dichoso Juan Perdiguero Peñalosa, en cuya casa se efectuó el milagro, cuya declaración es como sigue, advirtiéndole que no la pongo como está, sino como sustancia, pues no cabría en la presente Hoja:

Después de prestar decididamente juramento de decir verdad ante Dios y ante una cruz que tenía delante, dijo: Que ardientemente había deseado ser *prioste* aquel año, para celebrar la fiesta el 24 de Enero en la Ermita de la Paz, que es donde entonces se celebraba, advirtiéndole que entonces sólo se nombraba un *prioste* que hacía la fiesta, un compañero y un mayordomo que hacían todo el gasto; siendo su compañero D. Alonso Román, beneficiado de esta Iglesia, y mayordomo D. Sebastián Aguado, vecino de la misma.

Para que a los invitados no les faltara el vino, dispuso una tinaja de unas diez o doce arrobas de cabida, y la dispuso en una casita que tenía arrendada a los herederos de Juan de Vallecas, accesoria a la casa del declarante que la habitaba con la suya; la llenó de vino que llevó de la cosecha que él tenía en la bodega de su madre María Peñalosa, puesto que en la que vivía, ni tenía vino ni vasijas; llenó dicha tinaja el jueves 21 de Enero, para que desde ese día se fuese sacando lo necesario para que no faltase y, desde ese día no se escatimó para danzas, ministriles, clarines, tambores y convidados que tuvo Juan Perdiguero ese año; se calculan unas 300 personas las que concurrieron de Madrid y otros pueblos a casa de dicho Juan, en los tres días sucesivos hasta el 24 por la noche.

Ya muy entrada esa noche, preguntó a su criado Juan López si había vino en la tinaja, a lo que éste contestó que unas veces la encontraba sin vino y otras con él. Habiéndose presentado los tambores a pedir vino ya muy tarde, dijo a su criada Antonia de Castro que sacase vino, a lo que ella contestó que no lo podía sacar, porque había poco y no alcanzaba a sacarlo, pues era una niña de 14 años. Entonces dijo: Que den a los tambores vino blanco, ya que no había tinto en la tinaja, y así se continuó hasta terminar el día 24 que fué domingo aquel año. Al día siguiente, a las seis de la mañana, se levantó, y sin terminar de vestirse, salió al corral de su casa dando muchas gracias a Dios y a la Virgen de la Paz, porque se le había cumplido su grande anhelo de celebrar la fiesta y porque no le había faltado nada, sino más bien le había sobrado de sus prevenciones. Entonces se dirigió a la tinaja para ver si había quedado algo de vino y quedó sorprendido al verla llena, pues sólo le faltaban unos cuatro dedos, y más sorprendido todavía al ver que el vino manaba a borbotones como si fuera una fuente.

Al punto a voces llamó a su mujer Manuela Calderón, la cual no dudó ser un milagro, como su marido, al ver que la noche antes la criada no pudo sacar vino porque no alcanzaba a sacarlo por haber muy poco. Inmediatamente salió a la calle llamando a voces a todos los que pasaban para que admiraran el prodigio. El primero que se presentó fué Matías de Palencia, el cual entró y vió ser milagro lo acaecido; éste fué a la plaza y por las calles publicando ese milagro,

pero ninguno le daba crédito hasta que muchas personas fueron para cerciorarse de él, encontrando todos el vino del mismo sabor y color que el de los días precedentes había habido en la tinaja, y que manaba a borbotones como una fuente.

Desde las seis de la mañana del 25 de Enero, hasta las once y media de la mañana, estuvo el declarante dando vino en tazas, jarros, medias arrobas, cuartillas, botijas, ollas y frascos, ayudándole el vecino de esta villa José de Jarras, llegando los dos a sudar de tanto trabajo; concurrieron más de seiscientas personas, entre ellas el señor juez, sacerdotes, Justicia y Ayuntamiento, escribanos del mismo, innumerable gente, además de la señora Condesa de Puñonrostro y toda su casa y familia; personas de Madrid que se llevaron el vino en botas a diferentes partes, como también de Colmenar Viejo, San Sebastián de los Reyes, Barajas y otras, calculando el declarante que, desde las seis de la mañana, hasta las once y media de la misma, se sacarían unas cien arrobas; dijo también que la tinaja estaría sin menguarse, a pesar del mucho vino que se sacó, como unas tres horas, y que, al terminar, a las once y media, quedaría como arroba y media. Entonces, el señor juez y justicia de esta villa, ordenó salir a la gente, cerrando la parte donde estaba la tinaja hasta hacer otras averiguaciones pertinentes al caso.

Juan Perdiguero aseguró, según su juramento, ser verdad lo que había dicho y se calificó y confirmó, dando muchas gracias a Dios por haber escogido su casa para el dicho milagro, diciendo además que era de edad de treinta años y firmó.

A continuación fué llamada Manuela Calderón, su mujer, y declaró bajo juramento, lo mismo que había asegurado su marido, y que ella, con sus propios ojos, había visto. Después declaró Juan López, criado de Juan Perdiguero, diciendo, bajo juramento, lo que había visto y conteste con los anteriores. Después Antonia de Castro, bajo juramento dijo que no pudo el día 24 sacar vino porque no alcanzaba, asegurando como todos el prodigio.

(Continuará).